

# Palabras sin miedo: Tatiana Lobo en sus artículos

Yadira Calvo



**P**or varias razones el artículo periodístico suele ser un género de corta vida: primero porque está destinado a diarios o revistas; segundo porque sus motivos son las más de las veces coyunturales, generados en sucesos del día; y tercero porque en general se escribe a vuela pluma, con prisa, antes de que se desgaste o caduque el suceso que lo genera. En síntesis, se trata de un texto para el presente y no para la historia, aunque algunos sobrevivan en mucho tiempo a los motivos que los originaron.

Otra cosa es su valor estético, porque el de una obra escrita no depende del género al que pertenezca sino de la calidad de su escritura. En este sentido es necesario destacar que el artículo, en manos de Tatiana Lobo, resulta ser como lo fue en manos de Larra según lo describió J.L. Johnson: un producto “de valor e interés literarios [...], surgido del esfuerzo de comunicar un punto de vista sobre un particular tema o cuestión de interés general y personal” (Ortiz de Mendivil, 1998). Y aquí quiero resaltar lo del “valor e interés literarios”, porque esa es la razón por la cual los artículos de Larra le han conferido un espacio en la historia de las letras hispánicas; y esa es también la razón para incluir un estudio sobre los de Tatiana en un volumen sobre su obra.

Con este fin he seleccionado un corpus de un poco más de sesenta artículos aparecidos en *Universidad*, *La Nación*, *Rumbo* y *El financiero*, entre 1987 y el primer semestre del 2002. Examinarlos nos permite seguir el pensamiento de la autora a través de casi quince años de forma paralela a su producción narrativa, iniciada con *Tiempo de claveles* en 1989. Las numerosas referencias personales en ellos proporcionan además algunos datos autobiográficos, así como interesantes correlaciones con sus textos narrativos.

En interés de la brevedad, excluyo en su mayoría aquellos en que polemiza para no incluir los de sus interlocutores; y en beneficio de la simplicidad, me referiré sólo a los temas más frecuentes de sus artículos, para no lastrar mi propio texto. Esto significa elegir los que se relacionan como la piedra a la cantera, con dos ideas fundamentales de su pensamiento: la defensa a pie firme de la auténtico y la crítica de cualquier forma de autoritarismo. Entre los primeros están los que tratan sobre la zona caribeña, los

indígenas, la globalización, la transculturación, el consumismo, y fundamentalmente sobre los mitos patrios; y entre los segundos, los referidos a los abusos del poder en cualquier forma que estos se manifiesten. He dejado para el final en lugar aparte los artículos que ofrecen conceptualizaciones sobre la obra artística, por tratarse de un tema que puede arrojar luz sobre los textos narrativos de la autora.

## LA DEFENSA DE LO AUTÉNTICO

En la obra de Tatiana Lobo, la autenticidad viene a ser a los demás temas como la hebra a las cuentas de un collar. En este sentido, el Caribe costarricense aparece como un lugar paradigmático, el sitio en que es posible ser feliz. En él ubica la acción de su novela *Calipso* y en él transcurre también parte de *Asalto al paraíso*. Para la autora, que declara quererlo mucho, Limón es “el lugar del país que tiene la personalidad más acusada y vigorosa”, y una “identidad más contrastante y definida”. “A mí —declara Tatiana—, la espontaneidad de la cultura afrocaribeña me alivia de mis pesares tanto como me los agrava la hipocresía del Valle Central (“Racismo“).

A Puerto Viejo se refiere siempre con nostálgica intensidad: “Han pasado casi veinte años del día en que llegué, por primera vez, a esa caleta de pescadores de origen antillano, lugar que Adán y Eva hubiesen deseado llamar patria”, escribe en 1995 en “Delitos nuevos en Puerto Viejo”. El fondo del artículo es una denuncia contra el aumento de criminalidad en la zona, pero para nuestro caso lo más interesante es la apología del lugar donde ella aprendió a reír “con la boca y las mandíbulas abiertas”, a beber agua de pipa, y a sentarse, “sin hacer nada, a escuchar el ronroneo perezoso de las olas”; donde aprendió que “el reposo sirve para tomarle el pulso a la existencia”, que se debe “permanecer muy quieto y en silencio para escuchar la vida que va pasando” (“Delitos nuevos en Puerto Viejo”).

\*\*\*

La situación de los indígenas es clavo en el zapato de Tatiana por lo menos a partir de 1987. En artículo titulado “Pablo Presbere”, de ese año, impugna el hecho de que se utilizara para un comando militar el nombre del héroe bribri, una de las figuras protagónicas de *Asalto al paraíso* (EUCR, 1992); un hombre lo más ajeno a la milicia que se pueda concebir. Para demostrarlo, narra la historia nuclear de la novela misma: la rebelión de Presbere y de Comezala contra las misiones de Urinama, San José Cabécar y Chirripó; y el posterior apresamiento y ejecución del primero el 4 de julio de 1710, traicionado por los “militares de carrera” de su propio pueblo. La lucha de Presbere, dice Tatiana, fue precisamente “contra la fuerza pública de la época, constituida en gran mayoría por los mismos colonos hispano-ticos, pues los documentos dicen que al Gobernador Granda y Balbín le costó mucho conseguir soldados porque estos no querían abandonar sus fincas”.

Sobre este tema vuelve ocho años más tarde en “Talamanca con luna llena”, donde nuevamente impugna el cambio de nombre del Comando Sixaola por el de Pablo Presbere :

Al margen del descaro de usurpar el nombre de un héroe libertario para ennoblecer causas tan arteras como dejar sin techo a indefensos civiles, el asunto, además de paradójica, es toda una provocación: si a alguien se le ocurriera seguir el ejemplo del gran cacique, le haría, al Comando, lo mismo que Presbere le hizo a los campamentos españoles en 1709: meterle fuego a sus instalaciones y chupear a sus soldados..Y con Luna llena, como dicen que pasó (“Talamanca con luna llena”).

A raíz de unas declaraciones del Ministro de Salud en Telenoticias, el 14 de febrero de 1991, Tatiana vuelve por los fueros de los indígenas, a quienes aquel se refirió como “seres privilegiados porque ocupan las mejores tierras, enferman por culpa de ellos mismos, no se integran porque no quieren y enviar helicópteros a las Reservas sale demasiado caro”. Utilizando uno de sus mejores recursos, el sarcasmo, Tatiana propone, para que el Ministro “salga de sus errores”, que el gobierno “lo envíe a pasar una temporada en las ‘mejores tierras’, como a un indio más; que por equipaje lleve algún manual elemental de antropología cultural, otro de historia nacional y aquellos libros de medicina que leyó mal cuando era un estudiante”. Así —dice ella—, “aprenderá que: los indios de Costa Rica viven aislados porque han sido empujados a los lugares más inaccesibles de nuestra geografía; que sus tierras son buenas para bosque pero no para la agricultura [...] que si mueren no es porque les guste morir sino porque los hombres de blanco los tienen en el más completo abandono. Y que si no se integran es sencillamente porque la Asamblea Legislativa les niega hasta las cédulas de identidad” (“El Ministro de Salud...Pública?”).

En “El peligroso encanto del nacionalismo”, afirma que somos racistas cuando “vemos con indiferencia morir de abandono a los indios de las reservas y permitimos que les arrebaten las riquezas de su suelo y su subsuelo”; y otra vez en “Talamanca con luna llena”, describe, aquí mediante enumeración y antítesis, esta zona “arrasada por las fincas bananeras y por los arboricidas madereros; ruta del narco y del turismo; inmensamente rica y dramáticamente pobre; último refugio de plantas, animales y culturas en extinción; proveedora de aire puro e intoxicada por los agroquímicos”. “Talamanca —afirma Tatiana— parece una india hermosa, herida y magullada por la brutal estupidez del hombre blanco”.



En “Santaclos en Boruca” critica la campaña del periódico *La República*, que, en la Navidad de 1994, llevó un “Santaclos” “a repartir regalos entre los niños indios”. Falso altruismo —comenta— “maniobra publicitaria”, “paradigma de ridiculez” que sería “risible” “sin su dramática realidad”. La dramática realidad a que alude la autora es la del esfuerzo de los borucas por conservar las tradiciones y la identidad de su pueblo.

Lo más grave sobre la destrucción de nuestros indígenas, según ella lo plantea, es que “la historia se repite, y la carta de imposiciones del Fondo Monetario Internacional no tiene diferencias de fondo con el “Requerimiento” con que los españoles obligaban a los indios a tributar: “Si no hacéis lo que os mando —leían Cortés y Pizarro— os declaro como esclavos y os venderé como a siervos que no obedecen a su amo y señor...” (“Malos historiadores”).

Tatiana, cuya carrera original es la de ceramista, visitó durante ocho años las zonas de Talamanca, Guatuso, Guaymí y Boruca, donde permaneció largas temporadas. Su propósito era investigar y divulgar la artesanía indígena costarricense. Allí, ligada a la cultura bribri que tanto admira, en una cabaña levantada en las riberas del río Watsi, encuentra a una mujer que representa para ella los más altos valores de la feminidad, y a la que se refiere con frecuencia en sus conversaciones. Se trata de Adela Mirtala Pita Morales, cuya personalidad es descrita en dos artículos, uno sobre su enfermedad y otro sobre su muerte, fechados respectivamente en los años 1998, y 2000.

En el primero (“Por una identidad nacional, libre y autogestionaria”), después de describir la casa silenciosa de la mujer agonizante, piensa que su presencia “racional y cartesiana”, puede interferir “en la terapia del shamán”. Por lo tanto, decide despedirse después de dejarle a su amiga una hamaca, y al alejarse —nos dice— pensaba “en el abandono solitario y cruel de los enfermos de sida en sus camas de hospital”. Esta reflexión la lleva a concluir que “la cultura de un pueblo se mide no sólo por la calidad de la vida sino también por la calidad de la muerte”. En el segundo de estos artículos, (“Adela”) nos cuenta cómo aquella indígena bribri fue una especie de mentora en su vida:

Adela me devolvió la seguridad y la confianza en mi propia naturaleza femenina, restauró humillaciones, trajo consuelo a mis soledades y eliminó mis cobardías. Hay sabidurías que no necesitan alfabeto. Hay caricias que no precisan manos. Nunca discutimos sobre teorías de género, no las hubiera entendido y tampoco hicieron falta. Su sola presencia, dulce y firme, bastaba para confirmar que la equidad entre los sexos sí es posible. Yo, por esa deuda tan íntima, la llamaba, Adela. Para los demás fue siempre, Doña Adela.

Este texto concluye con una suerte de lamento fúnebre lleno de poesía: “Adela, que lloren los pájaros, los ríos y los bosques en una sola y grande lágrima silvestre. Que la danta proteja a tu familia para que la vieja stirpe pueda sobrevivir”. Además de una mujer de carne y hueso, Adela es para Tatiana el símbolo de la cultura destruida durante el “asalto al paraíso” defendida por Presbere y los suyos al precio de su propia sangre.

\*\*

Como enemiga de todo lo inauténtico y lo indiferenciado, la autora se manifiesta en contra de los fenómenos que lo propician. En esta línea combate la globalización, la

transculturación, el consumismo (ligado a la tecnología), y fundamentalmente los mitos patrios.

“La economía global —afirma— como su nombre lo indica, es esférica, redonda, circular”; Isabel la Católica es “la santa patrona de los ecnoles [economistas neoliberales]”: “si no financia a Colón el mundo se queda cuadrado” (“Pib! Pib! Pib! Pib!”). Pero no sólo se volvió redondo, sino que “se fue encogiendo sin que nadie se diera cuenta”, “las fronteras se hicieron elásticas”; “las naciones perdieron sus contornos y los más fuertes impusieron un mundo homogéneo y monotemático” (“Globo cautivo”). “En este ambiente de espantosa aridez, prolifera la impostura. Una imitación se superpone a otra, con el único fin de eliminar diferencias y unificar los gustos hacia un solo producto que garantice el éxito de mercado” (“Santaclós en Boruca”).

Respondiendo a un artículo en el que Álvaro Herrera Ortiz, al defender la enseñanza del inglés, afirma que “la transculturación es una constante de la historia y la prehistoria de la humanidad”, Tatiana hace varias advertencias: primero, hay que distinguir entre lo que se elige por propia voluntad y lo que se impone; segundo, “por lo general la transculturación va de arriba hacia abajo, de quien domina a quien está subordinado”; tercero, “lo primero que una cultura dominante impone a otra, es su lengua”. Puesto que la transculturación homogeniza, destruye la variedad étnica, y “un mundo así de estático está destinado a colapsar” (“En la variedad está el gusto”). Muy de otro modo, la defensa de la identidad cultural propicia “el principio de variedad sobre el planeta, para que los necesarios intercambios culturales sean posibles, y el mundo siga girando para mejorar la calidad de vida” (“En la variedad está el gusto”).

Tatiana se duele de que “la criatura humana de nuestros días”, haya sustituido “el verdor del paraíso terrenal por una selva de billetes y tarjetas de crédito” (“Un mes para la utopía”). Piensa que el problema del consumismo deriva de la sacralización del trabajo. [...] Desacralizado este, “colapsaría el poder de las transnacionales porque ya nadie querría renunciar al placer del ocio para deslomarse por un horno-microondas-cancerígeno, o un automóvil último-modelo-contaminante”... Recuperada la condición de humanos, “*al margen* del trabajo por el pan”, “emprenderíamos la gratísima tarea de diseñar un mundo más hermoso y habitable para todos, bajo la consigna revolucionaria de: “¡más hamaca y menos brete!” (“El trabajo, ¿una virtud?”).

\*\*\*

Los mitos patrios, que rondan también los campos de su narrativa, son los que más frecuentemente reciben los golpes de mazo de los artículos de Tatiana. “Los mitos —dice ella—son de alto riesgo y hay que desenmascararlos para que no sigan haciendo daño; porque impiden que la gente pueda prevenir los peligros”; y porque “vivir en la ficción puede resultar cómodo, pero la realidad brutal sigue su curso. La conciencia no es ni cómoda ni agradable, pero es la única manera de evitar un daño a tiempo” (“Siempre tarde”).

Al costarricense, afirma, “le pesa la culpa de no ser tan feliz como sus mitos lo demandan”. Pero “es terrible vivir bajo la obligación de fingir paz y democracia, como un escolar modelo o una niña virtuosa, cuando ya no se es ni tan modelo ni tan virtuoso, ni tan pacífico ni tan democrático!” (“Incrédulos”). La democracia existe cuando los

gobernantes aguzan el oído para escuchar al pueblo que representan. “Cuando se hacen los sordos y compran palos, no es que la democracia esté en peligro. Simplemente, ¡ya no está!” (“Incrédulos”).



En 1987, a raíz de una declaración del dramaturgo Daniel Gallegos en el “Café de las 4”, en el sentido de que en este país no se puede producir una novela épica”, Tatiana le sale al

paso (“En busca de autor”), señalándole que está equivocado. Son falsos nuestro bucolismo y nuestro pacifismo históricos. ”No existe sociedad sin historia, la historia está compuesta de luchas y de esas luchas se nutre la literatura épica”. El nuestro “no es un país bucólico sin pasado y sin camisa, como el hombre feliz del cuento infantil”, y “el “labriego pacífico” es una secuencia de hechos muy violentos que comenzaron cuando los españoles arribaron a esta tierra y la encontraron ocupada por indios protagonistas de gestas heroicas.[...]”. Lo que se necesita para encontrar la historia de esas luchas, es “meter la nariz en el polvo de los archivos olvidados”. Y esto debe hacerse, “por el bien de nuestra narrativa”, por el de la literatura y “en beneficio de nuestra pobrecilla, maltrecha y desnutrida, identidad cultural”. Es obvio que Tatiana sigue su propia receta porque sus observaciones hacen referencia a las mismas fuentes de su narrativa, las que alimentan también la historiografía.

“Aunque aquí no hubo hogueras —dice en otro momento— porque éstas se encendían en México, donde estaba el Supremo Tribunal, la influencia de sus representantes, los Comisarios del Santo Oficio, fue definitiva en el comportamiento social del costarricense meseteño (“La inquisición en Costa Rica”).

Alguna vez nos advierte sobre el peligro de Narciso, “que amaba a su imagen, no se amaba a sí mismo” (“El mito en su cumbre o...el folclor de la subcultura gobernante”); y en otro momento (“Cuestión de lustres”) refuta la idea del Dr. Ramiro Barrantes, de que la consanguinidad costarricense se originó en “el aislamiento geográfico” de nuestros antepasados. Tatiana sabe su origen mejor que nadie y sobre ese tema escribió varias de las crónicas de *Entre Dios y el Diablo* (EUCR, 1993) así como sus textos de la obra en colaboración *Negros y blancos, todo mezclado* (Lobo y Meléndez: 1997). Ella, que pasa respirando polvo de archivos, sabe que nuestra consanguinidad se debió al racismo, a la codicia, a la conquista, y fue promovida “por la Iglesia Católica para proteger la pureza de sangre, los privilegios y la acumulación de riqueza de los invasores”. Por suerte en la Colonia eran frecuentes “las aventurillas extraconyugales” con personas negras e indígenas: ”Sin el aporte genético de esas ‘razas inferiores’, Costa Rica entera estaría en el manicomio” (“Cuestión de lustres”).

En relación con nuestros mitos, Tatiana apunta con frecuencia su ballesta hacia las pistas que da el *Libro de apuntamientos*, más conocido como *Álbum de Figueroa*, una obra inédita hasta hoy, algunas de cuyas láminas ilustran *Asalto al paraíso*. En uno de sus artículos propone que la razón por la cual el *Álbum* no se ha editado es porque, al margen de “los naturales rencores surgidos por las muertes de Eusebio Figueroa y León Fernández Bonilla”, y de que Figueroa fue “un tico atípico”, escandaloso, irrespetuoso, irreverente, morazanista, satírico, “encarcelado por vagancia” y “juzgado por obscenidad”, esta obra “desmiente la historia oficial (“Figueroa y Don Beto”), la del mito de la Costa Rica “singular e igualitaria, antimilitarista, pacífica, democrática, sin grandes brechas económicas ni sociales” (“Figueroa y Don Beto).

## AUTORITARISMO

Tatiana combate la mentalidad autoritaria cualquiera sea el rostro que ésta asuma y los tentáculos con que nos estruje: patriarcalismo, nacionalismo, fascismo o capitalismo, que todos son uno y lo mismo. Al primero lo caracteriza sobre todo en los “hombres de uniforme”, ya sean médicos (“Talamanca con luna llena”), ya oficiales de policía (“La fuerza bruta”), o agentes de seguridad (“Seguridad”). Estos últimos, “salvo rarísimas excepciones”, suelen abusar “del poder que les confiere el Estado y la fuerza bruta, con una especie de odio particular por todo lo civil” (“La fuerza bruta”).

Vivir —nos advierte— es un perpetuo desafío a crear, desafío que la traumatizada mentalidad fascista rechaza. Inepta para todo acto creativo, promueve la guerra, la violencia y la destrucción; desata la xenofobia y el chauvinismo; asfixia la razón y la capacidad de análisis; aplasta a las mujeres y esclaviza a los asalariados; propone la fuerza física y las armas; niega todo intento de paz, se opone al diálogo y se entrega, prostituida, a la ley que le dicta el más fuerte: el poder del dólar (“El Ministro de Salud...Pública?”).

En relación a las mujeres se ve clara la confluencia de las dos ideas nucleares en los artículos de Tatiana, porque aquí se trata por una parte de mitos, y por otra de autoritarismo. Los mitos ticos —observa ella— no se refieren sólo a la paz y a la democracia, sino también a la igualdad entre sexos. Porque así como hay mitos nacionales, hay mitos patriarcales “inconvenientes para la humanidad”: la conquista, la dominación, la figura del héroe. Esta es la clase de mitos alentados por obras como la de Juan Diego López: *Los cuarenta días 1948*. En ella “no hay mujeres” (“Orgía de contradicciones en guerra de 1948”). Y como mujer, a Tatiana le interesa profundamente todo lo que se relacione con su género. Así lo demuestran los artículos “Partes femeninas”, “La mujer ejecutiva”, “Tres mosqueteros”, “Eva sol y sombra”, “Hipócritas que somos”, “El peor aborto”, “Cuidado con el Hi”, “Violencia doméstica”, “¿Dónde estás, papito...?” “Las mujeres imprudentes”, “Dominio afán del nuevo siglo”, “La mujer en la política”, “Mucho género que cortar”, “Adela”, “Ninguna guerra es nuestra”, “Más de una”, “Globo cautivo”, “La irreverencia indigenista de Gabriela”, y “Modernizar la paternidad”. Sobre este mismo tema es relevante, por supuesto la polémica sostenida con Helio Gallardo en *Universidad* a raíz de la acusación de hostigamiento sexual al director de este semanario, Carlos Morales.

En algunos momentos, la preocupación feminista aparece en comentarios sobre teatro. Refiriéndose a “Eva sol y sombra”, de Melvin Méndez, donde se trata “el peliagudo tema del machismo” califica el resultado del montaje de “redondo, vital, ameno y

conmover”. Encuentra que con esfuerzos como el de Arce, Cerdas y Fo en “Partes femeninas”, “los movimientos de liberación femenina salen sobrando” (la hipérbole es un recurso frecuente en sus textos); y que si la lucha por la emancipación de la mujer la emprendieran los hombres “sería más efectiva, bastante menos traumática y mucho más agradable” (La ironía es otro de sus recursos).

Como defensora de lo auténtico y genuino, le enfada la venalidad de “las lideresas de la teoría, iconos que no predicán gratis”, que dejan por fuera a “las mujeres campesinas, obreras, o sencillamente pobres, que carecen de medios para pagar los dólares de estos costosos talleres que marcan diferencia de clase” (Ninguna guerra es nuestra”). Como aguda crítica de la sociedad, le enfadan también los nuevos modelos impuestos a las mujeres desde las revistas femeninas, tal el de la “ejecutiva”, y señala en ellos las matrículas patriarcales: “Es apenas un instrumento del sistema al cual fielmente sirve. Es una marioneta. Tras ella se mueve la maquinaria de los intereses políticos y económicos de turno” (“La mujer ejecutiva”). Contra este falso modelo se yerguen los de las mujeres como Gabriela Mistral. Ella fue difamada porque ese es el riesgo que corre “quien osa emerger de la oscuridad para iluminar con luz propia”, sobre todo si “se trata de una mujer” (“La irreverencia indigenista de Gabriela”). La referencia a la difamación de Gabriela refleja las intrigas de que ha sido víctima la misma Tatiana, a quien en el país viejas amistades y viejos literatos no le han podido perdonar su valor para denunciar lo denunciado con los vocablos más precisos e inequívocos, ni le han podido perdonar tampoco el éxito de sus novelas. Pero ella no se deja poner grilletes. Ante una crítica de Manuel Formoso en que se refiere a *El año del laberinto* como una novela “salpicada de historia”, le aclara que le tomó cinco años de investigación archivística, periodística, documental, bibliográfica, oral” y hasta un viaje especial” a Santiago de Cuba. “Creo que lo que escribí —termina diciendo— se parece bastante a una novela histórica” (Aquí o allá”).

De igual modo que reacciona molesta ante los “señuelos” como el de la mujer ejecutiva, no vacila en criticar los “disparates” del Ministro de Gobernación que declaró su voluntad de hacer todo lo posible por impedir que se reunieran las lesbianas en un histórico encuentro en 1990. Tatiana intuye que el Ministro “se hizo un nudo de conflictos entre los principios liberales de nuestra Constitución y su ministerial mentalidad inquisitorial”, y que “para desgracia de las lesbianas y de todos los costarricenses, el conflicto del ministro lo ganó...Torquemada”. Pero critica también a las lesbianas, y principalmente a las del grupo Las Entendidas, primero porque “se enredaron en los mecate del doble discurso oficial”; después, porque “dijeron, candorosas que hacían su congreso en Costa Rica por ‘su larga trayectoria democrática, respecto a los derechos humanos y la libertad social’, sin caer en la cuenta de que si se ven obligadas “a guardar anonimato y a bautizarse con un nombre de secta secreta es precisamente porque no tienen ninguna libertad de manifestarse públicamente” (“Hipócritas que somos”).

Algunas de las inquietudes feministas de Tatiana se centran en el sistema de salud pública. En este sentido, denuncia a los médicos del Seguro Social (los hombres de blanco) por etiquetar de histéricas a las mujeres, y sobre todo a las menopáusicas (“Cuidado con el Hi”). Ella impone, ante la discutible autoridad de aquellos, ante el discurso de terror que manejan, su propia experiencia de andar por este mundo en un cuerpo de mujer, para terminar concluyendo que “lo que mata no es la menopausia. Lo que mata son los prejuicios” (“Cuidado con el Hi”).



Tatiana ve un grave problema para las mujeres en las debilidades del modelo familiar monogámico que aparece en los comerciales televisivos y en la definición de la Sala Cuarta. Se trata de familias incompletas, dice ella, “ahí falta alguien; la otra, la querida”, “complemento de cada hogar costarricense”. Se trata, a su juicio, de una “ilusión óptica de la hipocresía occidental siempre empeñada en disimular sus contradicciones” (“Violencia doméstica”).

La mirada de corte de navaja de Tatiana la lleva a encontrar la relación de hilo y puntada entre la violencia doméstica y la cultura patriarcal que ignora la igualdad de derechos entre los seres humanos; que tiene un concepto de familia viciado por “el comején del sometimiento”. Critica un comentario de Guillermo Malavassi porque lo que él llama “la justa obediencia y el justo mando” avalan, desde el comienzo, el abuso del más fuerte: “es el más fuerte quien fija las normas y las jerarquías” (“Violencia doméstica”). Critica también un texto de Julio Rodríguez en el que afirma que “el macho tico está enfermo”. Lo que está enfermo —dice ella— es el modelo de felicidad fallido que Occidente desarrolló para frustración de todos, y que genera los sentimientos de impotencia, frustración y enajenación que se vuelven contra quien no se puede defender (“Violencia doméstica”). La propuesta de Tatiana para resolver la violencia es contundente: “Solo cuando el violento descubra que agredir a un niño o a una mujer es tan peligroso como nombrarle la madre a Tysson, se abstendrá de hacerlo. Es devolviendo los golpes como llegaremos, por fin, a la igualdad real” (“Violencia doméstica”).

En esta misma línea, la autora se refiere a la paternidad irresponsable en dos de sus artículos: “Modernizar la paternidad” y “¿Dónde estás, papito...?”. En este último atribuye en parte el problema al modelo de María, “la representación de la madre sola” y “el símbolo de nuestra orfandad”.

Opuesta a los totalitarismos, fustiga “la cultura del macho, su afán de conquista y dominio”, denuncia al patriarcado, “siempre temeroso del poder del cuerpo de la mujer”, que “condena el aborto alegando el derecho a la vida, mientras acribilla niños como palomas en Brasil, y vende pornografía infantil o trafica con sus órganos. [...] (“Dominio afán del nuevo siglo”). Y como opuesta a la inautenticidad, censura también a las mujeres que le hacen el juego a los patriarcas, a las “quintacolumnistas”, a “las únicas que no tienen redención posible”, a las que “nunca usan sus apellidos de soltera y siempre se firman ‘señoras de’, carentes de ideas propias, “fundadoras de tés de canastilla y asociaciones de beneficencia” (“Las mujeres imprudentes”). De igual modo denuncia a las manejables: las que permiten ser utilizadas por la Iglesia para leer en los templos textos de San Pablo (“Mucho género que cortar”); y las que aceptan ocupar curules y carteras ministeriales, “convenientemente atadas de manos por el partido político que las promueve” (La mujer en la política”, Revista Dominical). Una “ilusión convincente”, dice ella, una “ficción verosímil”, como “el truco que usa Clinton cuando la señora Albright nos dice que para proteger a las madres norteamericanas hay que hacer desaparecer a las madres iraquíes” (“Mucho género que cortar”). Antes —denuncia— “las guerras las hacían los hombres y las mujeres lloraban sobre los guerreros muertos. Pero ahora hay mujeres congresistas que se han hecho extirpar los pechos para olvidar a los millones de madres que deben amamantar a sus hijos entre el hambre y los misiles” (“Globo cautivo”).

## ENTRE SONRISAS

Como un último aspecto quiero referirme a los artículos de Tatiana que arrojan luz sobre su concepto del arte y las fuentes de su narrativa. En “La palangana y los cangrejos”, defiende la idea de la absoluta libertad, la originalidad, la crítica, porque, a su modo de ver, “todo aquello que limite la libertad del arte “es profundamente antidemocrático”. “Franco —dice— mandaba encarcelar a los profesores que daban charlas sobre Picasso; Stalin impuso el realismo socialista; Hitler ordenó el clasicismo *kitsh*” (“Cangrejos dos”).

Tatiana establece algunas demarcaciones entre la Historia, la crónica, las tesis de grado, los árboles genealógicos y los estudios sobre patologías hereditarias por una parte, y por otra la novela histórica: todas ellas comienzan en los archivos (“En busca de autor”) y todas ellas exigen la misma “rigurosa seriedad profesional”. Hasta ahí llegan las semejanzas y ahí comienzan las diferencias.

El referente más cercano de la novela histórica es por supuesto la historia, y por lo tanto es la que mejor se presta a las comparaciones. Comparándolas, Tatiana encuentra que la novela se inscribe “en la posibilidad de lo posible”; “el escritor dice lo que el historiador barrunta pero no se atreve a decir” (“Aquí o allá”); la historia no consigue dar vida a los hechos del pasado porque sus métodos son poco fiables para captar la escurridiza realidad. La novela sí lo consigue porque “el arte “cuenta con un atajo particular”, un código que la racionalidad no ha podido descifrar”. Este atajo “le permite acortar distancias por los intrincados vericuetos del cerebro, de suerte que emisor y receptor se entienden, sin pensar mucho, en una realidad que está allí y nadie más puede explicar” (“Fantasías”). La novela utiliza “recursos menos ortodoxos que los de cronistas e historiadores: la fantasía, la intuición, las corazonadas”, aunque se alimenta, como ellos, de “pecados y delitos, incestos y asuntos de alcoba”: Y por último, la novela tiene una ventaja sobre la historia, la crónica, la genealogía, las tesis y demás, y es que puede discurrir “entre sonrisas “quizás porque la locura humana estimula al buen humor” (“Chismes históricos”).

Al buen humor, manifestación de “un alma independiente”, recurre Tatiana tanto en sus novelas y crónicas como en sus artículos, porque “reír es atributo de la inteligencia” de donde se infiere que sin inteligencia no hay arte: “Lo serio y lo trascendente no es propiedad de los tontos graves” (“La palangana y los cangrejos”). Por eso en ella lo serio y lo trascendente se presentan aligerados por la sonrisa. Para conseguirlo, a veces echa el anzuelo al sabroso pez de las expresiones populares: eschingada, pelada, papito, brete, no hay de piña... pero también a los recursos que ofrece la literatura, tales la personificación: “El siglo veintiuno viene chingo, descalzo y con cara de calavera” (“La estrategia del corcho”); y la metáfora: “La economía global, como su nombre lo indica, es esférica, redonda, circular. Por eso es que ahora todos los caminos son encurvados” (“Pib! Pib! Pib! Pib!”). Pero los recursos humorísticos más frecuentes en Tatiana son sobre todo la ironía y el sarcasmo:

“Vivir en la era del plástico es hartito menos *chic*, que pertenecer a la edad de piedra o de bronce, materiales más nobles que un envoltorio de queso crema” (“Un mes para la utopía”).

“Matar de hambre es más económico que el gas y los crematorios (“En el país de los tigres”).

“La tecnología es el icono más importante en este panteón de deidades paganas, ¡Intel es nuestra salvación!” (“La estrategia del corcho”).

“Sospecho que estamos por debajo del Oriente Medio, pero nuestra basura es mejor porque es pacifista” (“Basura resuelta”).

“Cuando tengamos nuestra propia basura nuclear y arrojemos, al mar Caribe, toneles tóxicos con su correspondiente calavera, calificaremos como país del primer mundo” (“Basura resuelta”).

“Dios, que quiso ser único, acabó con la neutralidad desgarrada y si dijo Soy el que Soy es porque nunca supo de parte de quién está. Y si las cruzadas y las guerras santas se hacen en su nombre, entonces los ateos resultan inocentes y el diablo también (“Globo cautivo”).

El brazo de la ley se deberá extender hasta a lo inanimado, pues lo que interrumpe normalmente el tránsito son los semáforos las rotondas, los huecos, las ambulancias, las radiopatrullas, además del MOPT, el ICE, Acueductos y Alcantarillados, Fuerza y Luz, las vueltas ciclísticas y el fútbol”. Y [...] “dado que la responsabilidad recae en los municipios, habrá que meter en la cárcel al cuerpo de munícipes en su totalidad.[...] (“Libertad de tránsito”).

Tal la imagen que de Tatiana Lobo ofrecen sus artículos: una escritora sin miedo a decir, a señalar, a impugnar, a denunciar, todo lo señalable, impugnabile y denunciabile; una ciudadana dispuesta a la pelea por sus amores, sus ideales, sus principios; una mujer, en fin, que ha encontrado en la lanza de Pablo Présbere, el símbolo de la humana valentía, y en el rancho de Adela Mirtala la prueba de que la equidad de sexos es posible. La libertad de expresión solo la practica el que es honrado y valiente. Los vendidos y los cobardes no usarán esa libertad.

## ARTÍCULOS CITADOS

”Adela”, *Universidad*, 16-22/II/2000.

“Aquí o allá”, *La Nación*, 29/VIII/2000.

“Cangrejos dos”, *La Nación*, 15/X/97.

“Cuestión de lustres”, *Universidad*, 14/VI/91.

“Cuidado con el Hi”, *Rumbo*, 27/IX/94.

“Chismes históricos”, *La República*, 10/XI/93.

”Delitos nuevos en Puerto Viejo”, *Rumbo*, 3/I/95.

“Dominio, afán del nuevo siglo”, *Revista dominical*, 9/II/97.

¿Dónde estás, papito...?” *Rumbo*, 29/IX/94.

“Doña. Adela”, *Universidad*, 16-22/II/2000)

“El Ministro de Salud... Pública?”, *Universidad*, 8/III/91.

“El mito en su cumbre o... el folclor de la subcultura gobernante”, *Universidad*, 10/XI/89.

“El peligroso encanto del nacionalismo” (*Rumbo*, 25/X/94.

“El peor aborto”, *Universidad*, 16/VIII/91.

“El trabajo, ¿una virtud?”, *Rumbo*, 16/VIII/94.

“En busca de autor”, *Universidad*, octubre 87.

“En la variedad está el gusto”, *Rumbo*, 15/XI/94.  
Eva sol y sombra” *Universidad*, 14/IV/89.

“Fantasías”, *Universidad*, 17/VI/88.

”Figuroa y Don Beto“, *Rumbo*, 14-II-95.

“Globo cautivo”, *La Nación*, 22/X/01.

“Hipócritas que somos”, *Universidad*, 127/IV/90.

“Incrédulos”, *Revista Dominical*, *La Nación*, 25/I/98.

“La fuerza bruta”, *Rumbo*, 20/XII, 94.

“La inquisición en Costa Rica”, *Universidad*, 24/II/89.

“La irreverencia indigenista de Gabriela”, *Rumbo*, 8/XI/94.

“La mujer en la política”, *Revista Dominical*, *La Nación*, 17/VIII/97. “Mucho género que cortar”, *Revista Dominical*, 8/III/98.

“La mujer ejecutiva”, *Universidad*, 18/III/88.

“La palangana y los cangrejos”, *La Nación*, 10/VIII/97.

“Las mujeres imprudentes”, *Rumbo*, 24/I/95.

“Malos historiadores”, *Universidad*, X/97.

“Más de una”, *Universidad*, 29/VIII/99.

“Modernizar la paternidad”, *El financiero*, 18-24/II/02.

“Ninguna guerra es nuestra”, *Huella*, N° 14, año 2001.

“Orgía de contradicciones en guerra de 1948”, *Primera plana*, IX/98).

“Pablo Presbere”, *Universidad*, 13/X/87.

“Partes femeninas”, “Partes femeninas” *Universidad*, 31/X/86.

“Pib! Pib! Pib! Pib!” *Primera Plana*, III/98).

“Por una identidad nacional, libre y autogestionaria”, *Suplemento cultural* N° 51, Programa ICAT, UNA, marzo 1998.

“Racismo”, *La Nación*, 28/XII/97.

“Santaclos en Boruca”, *Rumbo*, 17/I/95.

“Siempre tarde”, *La Nación*, 13/VII/01

“Talamanca con luna llena”, *Rumbo*, 7/II/95.

“Tecnócratas vandálicos”, *Universidad*, 17/X/97.

“Tres mosqueteros”, *Universidad*, V/88.

“Un mes para la utopía”, *Rumbo*, 27/XII/94.

“Violencia doméstica”, *Rumbo*, 13/IX/94.

#### OBRAS CITADAS

Larra, M. J. De. (1998) **Artículos literarios** ed. Juan José Ortiz de Mendizivil, Madrid, Ediciones Libertarias.

Lobo, T. y Meléndez M. (1997) **Negros y blancos. Todo mezclado**, EUCR.

Lobo, T. (1992) **Asalto al Paraíso**, EUCR.

\_\_\_\_\_ (1996) **Calipso**, EUCR.

\_\_\_\_\_ (1993) **Entre Dios y el Diablo: Mujeres de la Colonia**, EUCR.

\_\_\_\_\_ (1989) **Tiempo de claveles**, EUCR.